

De ningún lado

A veces me hubiera gustado no ser la única que hablaba en esa casa. Pero es que era tan grande y había tan poca gente que me entraba un no sé qué y el silencio me daba escalofríos. En ocasiones hablo más de la cuenta, como les pasaba allá, en el pueblo, a los muchachos, en los trajines del viernes, que se perdían contando anécdotas repetidas y diciendo nada toda la noche.

El mal que a mí me aqueja es otro, no el de las botellas y las carcajadas sonsas, es el de la soledad. He aprendido a llevarla como compañera resignada, a rastras, al igual que el lampazo y la escoba. No siempre funciona. Cuando me entra la nostalgia soy peligrosa, por demás cansadora. Veía a las pobres extranjeras desterradas parecerse a muñecas viejas y sentía la necesidad de darles un poco de charla, para animar los ojos tristes que miraban el piso a cada rato. Ellas también deben haberse sentido un poco como yo. Peor, diría, si dejaron su pueblo a miles de kilómetros. No pueden volver, no les queda nada más que refugiarse en la fuerza de sus manos hacendosas e intentar dejar el pasado allá, entre la selva.

Éramos cuatro. Carmen y Francisca, que llegaron del Paraguay, silenciosas hasta para sacudir la tierra de las ventanas. No sabíamos conversar mucho; cuando les preguntaba por sus niños asentían con la cabeza y seguían con la vajilla del desayuno. Inés vino de Uruguay; en los fines de semana tomaba su bolso diminuto y cruzaba el río para ver a sus hijos. Los domingos, al volver, le veía la cara húmeda y los ojos rojos, disimulados tras varios pañuelos y un buenas tardes que se quebraba a la mitad. María nació acá, en Buenos Aires, en alguna villa cercana. Mal que mal algo hablábamos, un poco de la familia, del almacén más barato; en qué parte de la casa había que sacar las telarañas y cómo estaba de ánimo la patrona. Pero hubo algo que nunca me cerró, no sé si sería esa manera rara que tenía de escurrirse en las piezas o las miradas de odio que no sabía esconder ante la señora.

Había llegado hacía un par de años. Traía dos billetes medio rotos, una muda para cambiarme y la misma esperanza de todos los que vienen a la Capital a hacerse de su libertad. Era joven y creía que las cosas resultarían fáciles, aunque en el pueblo siempre tuvimos que trabajar duro, callarnos los dolores de espalda de tanto agacharnos para amasar en la batea, y dejarles todo el pan a los hermanos más chicos.

Allá una piensa que es una etapa nada más, que van a tocar tiempos mejores y la Municipalidad nos va a dar una mano con una casita o al menos con un bolsón de harina y azúcar. Pero nunca pasa nada. Entonces me vine, porque no me quedaba otra. Allá el futuro se conoce muy bien. No pensaba que acá también, al menos para nosotros. En ese momento no me quejé, después

de golpear varias puertas y ver muchas caras limpias y antipáticas, que me rebuscaron de arriba a abajo como con asco, me dijeron que sí.

Trabajé en esa casa un tiempo, sin ver un peso. Me decían que la primera etapa consistía en un periodo de prueba, que después empezaba permanente, primero me querían conocer.

Era un matrimonio de mucha plata, salían a cenar todos los fines de semana, traían visitas seguido, vestían ropa diferente cada día. Incluso parecía que algo se querían, al principio. Solo de vez en cuando nos llegaban gritos hasta el cuarto del fondo. Él volvía tarde y estaba poco en la casa. Ella, en cambio, se la pasaba allí, nos daba las órdenes, nos pedía que le tuviéramos listo el vestido negro para la noche, aprendía a tocar el piano y tomaba el té con señoras igual de prolijas que ella. Ahora siento culpa al recordar sus ojeras de insomnio y su voz apagada.

Yo me había acomodado más o menos bien en la ciudad, tenía mi trabajo, mi espacio en la pieza del fondo, empezaba a olvidarme las miserias del pueblo. A veces, cuando juntaba unas monedas para el pasaje, iba a visitar a mi familia. Les llevaba una caja de alfajores de esos que se compran en Retiro y los ponía al tanto de la vida acelerada de estos lados. Al principio me recibieron con alegría, pan caliente y mates amargos. Me rogaban que me quedara un poco más, que le pidiera el lunes a la patrona. Pero después me abrían la tranquera como si fuera una desconocida, como si los hubiera abandonado.

Cuando pasó aquello dejé de ir. Se habrían dado cuenta por la vergüenza en mi cara, las viejas del pueblo no se equivocan nunca. Si llegara a volver, me harían trizas en dos segundos.

Además, no puedo dejar a la chiquita sola. Pobre, ella sí que se llevó la peor parte.

El asunto es que me había acomodado más o menos bien. No tenía mucho, me bastó el techo y la comida para quedarme. Por ahí una se confunde de tanto ver a la gente rica pasearse frente a sus narices. Cree que es como ellos, que por vivir en su casa tiene las mismas condiciones. Son engaños nada más, a una misma, porque la verdad es que una no es nadie, una simple sirvienta.

Allá estaba para atender a sus exigencias; limpiábamos todos los rincones con mis compañeras, lavábamos, planchábamos, hacíamos la comida, las camas, sacudíamos las cortinas, le acercábamos una taza de té chai con masas finas a la señora. No, obvio que no éramos como ellos. Pero en ese momento estaba en una nube, me dejé llevar por los aires de la ciudad y me perdí. Hasta me olvidé de dónde venía: un pueblito olvidado de por ahí, en las afueras, en la nada.

Empezó a mirarme al mes de que me aceptaron. Siempre fueron amables los dos -he escuchado a otras mujeres que hablan cosas terribles de sus patrones- y eso ahora me llena más de bronca conmigo misma. Primero no me di cuenta, después sentía sus ojos clavados en la nuca, a veces en otros lados. No podía decirle nada, claro que no, era el señor. A los dos meses pasó a otros asuntos más serios, ahí supe que estaba atrapada. Cuando iba a su cuarto de trabajo a fregar el piso me pasaba una mano por la cintura. Más tarde se atrevió a bajarla más, a subirla demasiado.

Yo seguía limpiando, en silencio. Si decía algo me iba a quedar en la calle, pensé en ese momento, igual que cuando llegué, en completa soledad. Entonces aguanté todo: las manos, los roces, las miradas, los comentarios. Tampoco creía que pudiera pasarse de eso, era un hombre casado y su señora estaba en la otra pieza tomando ese té con hierbas hindúes, color canela y olor a especias. Pero me equivoqué.

Fue un espanto encontrarme con la noticia. Peor el decírselo. Pasé un mes entero pensando en todas las cosas que podrían pasarme, que si me echaban, que si se enteraba la patrona, que si no se hacía cargo, que cómo iba a cuidar a la criatura, que cómo le decía a mi familia, que cómo había sido tan tonta. De alguna manera se enteraron los dos. Quizás por mis compañeras o por mis llantos a medianoche. Terrible. Nunca habíamos escuchado gritos tan fuertes, mucho menos golpes. Yo me sostenía la panza, no fuera a ser que la criatura se asustara y se acabara todo ahí. Aunque hubiera sido lo mejor, pensé en aquel entonces. Al día siguiente la casa era un desorden: había platos rotos en el suelo, una pasta con caviar a medio comer, los muebles dados vuelta y el armario del señor, vacío. Las cuatro limpiamos todo en un silencio que no me puedo sacar de la cabeza. Esa tarde, cuando levantaba la cómoda de la pieza de la señora, se acercó. Tenía ojeras grises y la cara lavada, pálida, todavía vestía una bata. Me miró un poco con tristeza, otro poco con culpa, pero sobre todo con los ojos rojos de la rabia.

Esa noche encontré un sobre con plata en el cajón de mi mesita de luz. Para el bebé, decía. La letra inconfundible de abogado del señor. Al lado, un boleto con fecha del día siguiente.

Ya no era de ningún lado.